Un historia real sobre la vida después de la muerte

Janis H. Durham

LA MANO EN EL ESPEJO

Luciérnaga

Janis H. Durham

LA MANO EN EL ESPEJO

Un historia real sobre la vida
después de la muerte

Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Originalmente publicado en inglés con el título *Hand on the mirror*

© de la traducción: Carme Font, 2015
Primera edición: septiembre de 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-15864-75-2
Depósito legal: B. 14.311-2015

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Introducción 11
1. La mano en el espejo 15
2. Asuntos de familia 21
3. Max 39
4. El valle tenebroso de la muerte 47
5. Acontecimientos extraños 53
6. Empieza el viaje 63
7. Surge un patrón 81
8. ¿Intenta Max contactar conmigo? 89
9. Hitos 101
10. Lecciones de un científico espacial 107
11. ¿Podemos viajar fuera de nuestros cuerpos? 119
12. Fantasmas: ¿reales o imaginarios? 129
13. Alfombras mágicas 137
14. ¿Me estoy volviendo loca? 143
15. No me estoy volviendo loca 153
16. Un despertar espiritual 167
17. Experiencias cercanas a la muerte: ¿evidencia de una vida después de fallecer? 173
18. ¿Hay algo peor que perder a tu cónyuge? 183
19. Médiums: ¿realidad o ficción? 195
20. Desafío a la comunidad científica 203
21. Desafío a los medios de comunicación 215

22. Encontrar a mi madre 225
23. Cruzar al otro lado 235
24. Encontrarme a mí misma 245
Epílogo 253
Agradecimientos 255

1

LA MANO EN EL ESPEJO

El domingo 8 de mayo de 2005, mi realidad cambió. Fue el día en que descubrí una enorme huella en el espejo del cuarto de baño en mi casa de Sacramento, California. No era una huella normal y corriente. Parecía estar hecha de una sustancia suave, blanca y polvorienta. Mostraba todas las facetas de la estructura ósea, como si se tratara de una radiografía. Al mirarla de cerca, pude darme cuenta de que era la mano de un hombre por la forma de los dedos y la base amplia de la palma. La huella estaba sola, era una imagen impresa en el espejo y perfectamente formada. Apareció de la nada. Literalmente de la nada.

La mano apareció en el primer aniversario de la muerte de mi esposo, Max Besler. Max había muerto en la sala de estar de nuestra casa rodeado de familiares y amigos. Después de cuatro años de matrimonio, le diagnosticaron un cáncer de esófago a la edad de cincuenta y seis años. Al cabo de seis meses, falleció, dejándonos a mí y a mi hijo de catorce años, Tanner, totalmente desolados. Ambos queríamos mucho a Max, y los tres habíamos llegado a ser una familia. En ese Día de la Madre un año después del fallecimiento de Max, yo seguía con mi duelo y me preocupaba el modo en que Tanner hacía frente a su tristeza. Era muy joven e impresionable y, al igual que la mayoría de los chicos de su edad, no era muy hablador. Yo estaba pensativa y alerta en ese primer aniversario y mantenía una actitud vigilante en mi papel de madre y protectora.

Tanner y yo estábamos sentados en una mesita del patio a primera hora de la tarde soleada. Él dividía su tiempo entre nues-

tro hogar de Sacramento y la casa de su padre en El Dorado Hills, a unos treinta minutos de distancia. Divorciarse no es nada fácil, pero su padre, Bob Heaphy, y yo nos habíamos comprometido a poner el bienestar de Tanner en primer lugar en nuestras vidas. Nos habíamos esforzado mucho para proporcionarle un horario estable y regular, y para asegurarle con palabras y hechos que aunque vivía en dos casas, en ambas lo queríamos y lo apoyábamos. Max se había sumado a ese amor. En ese hermoso día me sentía a gusto por tener a Tanner en casa, con su pelo corto y rubio y su cuerpo atlético, a mi lado. Me encantaba verlo concentrado haciendo los deberes y sonreí, como hace una madre, al darme cuenta de su costumbre de mover los labios mientras leía para sí. Yo me estaba poniendo al día con mis deberes autoimpuestos: las lecturas atrasadas que acumulaba para cada fin de semana. Al cabo de un rato decidimos que teníamos hambre, y me levanté de la mesa para entrar en casa y traer un tentempié. Tanner comía como cualquier adolescente, es decir, sin parar. Además, la comida servía de distracción a la tristeza que sentíamos en nuestro corazón en ese día tan señalado.

El diseño de nuestra casa era en forma de U, con la habitación doble principal, el dormitorio de Tanner y un despacho en el lado izquierdo, y la sala de estar, el comedor y una biblioteca en el centro. En la parte derecha de la U estaban la cocina, una habitación de invitados, un lavadero y la salida al aparcamiento. Max se había pasado el último mes de su vida en la habitación de invitados en vez de en la suya porque estaba más cómodo en una cama individual, ya que los dolores eran difíciles de soportar. Él insistió en que yo durmiera por las noches porque tenía que trabajar.

Antes de entrar en la cocina para preparar el tentempié, hice una parada en el lavabo de la habitación de invitados. Fue entonces cuando vi la huella de la mano. Supe que era reciente porque no estaba allí cuando me había peinado delante de ese mismo espejo una hora antes. Me sorprendió sobremanera, y me quedé allí parada durante un minuto como mínimo. No tenía ningún sentido. A mis cincuenta y tres años, nunca había experimentado nada tan ajeno al mundo humano como esa huella. Mi mirada

estaba posada en algo inexplicable. Mi cerebro trataba de registrar la información que le enviaban mis ojos. ¿Estaría perdiendo la cabeza? Tal vez. ¿Había entrado alguien en casa para gastarnos una broma? Era poco probable.

Tanner y yo habríamos visto u oído a alguien que entrara por la puerta del patio. ¿Cómo era posible que una mente humana mostrara la transparencia de una radiografía? Poco a poco fui recuperando la capacidad de articular sonido y me esforcé para gritar las palabras:

—Tanner, ven aquí. ¡Rápido! ¡Date prisa!

—Mamá, ¿qué ocurre? ¿Te encuentras bien? —me preguntó.

—Mira —grité—. Tú no has hecho esto, ¿verdad?

En ese momento me pareció que estaba reaccionando como una histérica. Supe tan pronto como hube pronunciado esas palabras que él no había dejado esa huella porque había estado sentado a mi lado todo el tiempo durante esa hora desde que fui al lavabo por última vez. Solo para hacer una comprobación definitiva le pedí a Tanner que colocara su mano derecha sobre la huella polvorienta del cristal. Me di cuenta de que era ridículo pensar que él hubiera dejado esa marca. La imagen era mucho más grande que su mano y tenía una forma distinta.

Ambos nos quedamos mirando la huella, boquiabiertos y sin decir ni una palabra. Luego fuimos apartando la mirada del espejo para mirarnos. Nos cruzamos las miradas. Supimos que estábamos viendo algo sorprendente y estábamos un poco asustados. Era muy extraño; no teníamos ni idea de lo que podía ser. Nuestras mentes no alcanzaban a comprender la imagen que registraban nuestros ojos.

Pensé con atención mi respuesta antes de abrir la boca. Reaccionar de manera exagerada no nos haría ningún favor. Mi instinto maternal afloró, y decidí calmarme. Quería que mis palabras transmitieran serenidad y que fueran un buen ejemplo para Tanner. Según he ido aprendiendo con el tiempo, los niños interpretan nuestras reacciones mucho mejor de lo que creemos, y exagerarla no era útil para él, ni tampoco para mí. Pero también sabía que tenía que ser honesta, y era absurdo fingir que no se trataba de un suceso extraordinario.

—No estoy segura de lo que es, Tanner.

Después me atreví a formular una pregunta.

—¿Crees que guarda algún tipo de relación con Max, puesto que es el primer aniversario de su muerte?

Era consciente de que él sentía un gran cariño por Max, por lo que no se asustaría con esa pregunta. También sabía que no era la primera vez que habíamos presenciado sucesos extraños tras la muerte de mi marido, pero nada comparable con la naturaleza abrumadora de esa huella.

—Tal vez, pero ¿no es muy raro? Y ¿cómo la ha puesto ahí, si ya no está con nosotros, mamá? —preguntó Tanner.

Evidentemente, no supe qué respuesta darle. Solo tenía claro que necesitaba conservar la calma y mostrarme curiosa pero no emotiva.

—Supongo que ahora mismo no lo sabemos, Tanner. ¿Por qué no hacemos una pausa y sales a echar unas canastas?

—Vale, mamá. Pero avísame si me necesitas —contestó, como si ya fuera un adulto.

Le di un abrazo y le dije que saldría a reunirme con él en cuestión de minutos. Fui a buscar la cámara e hice varias fotografías. No sabía lo que era esa imagen, pero tenía claro que había que documentarla. Me habría gustado obtener más pruebas, como por ejemplo extraer una muestra de la sustancia polvorienta para efectuar un análisis o realizar un examen forense de las huellas de los dedos. Pero en ese momento estaba tan sorprendida que esas cuestiones ni siquiera se me pasaron por la cabeza.

Pero sí pensé en las connotaciones del momento de aparición de esa huella. Había surgido en el día exacto del primer aniversario de la muerte de Max, lo cual suscitaba la pregunta de si él estaba intentando establecer algún contacto conmigo. Al igual que la mayoría de las esposas, podía recordar con exactitud el aspecto de las manos de mi marido. La huella amplia de la palma en ese espejo, yuxtapuesta a los dedos largos y estrechos, me recordaba la forma de las manos de Max.

No lograba explicarme ese fenómeno, pero era evidente que no se correspondía con las tradiciones en las que me habían criado. Mi padre, un pastor presbiteriano profundamente dedicado

a Dios y a su fe, había tenido una gran influencia en mí. Pero al igual que muchas personas, mi pensamiento fue evolucionando a medida que me hacía mayor. Entonces mi fe no era una parte fundamental de mi vida diaria, de modo que no tenía una solución a mano para explicar cómo podría relacionarse esa huella con el cielo o con una vida después de la muerte. Lo único que sabía era que estaba experimentando una dimensión totalmente distinta. El misterio me dejó desconcertada.

Tuve que preguntarme si se trataba de un suceso paranormal. ¿Era un fantasma? Puesto que Max había muerto en nuestra casa, ¿habría quedado parte de él en ese lugar? ¿Me estaba visitando para decirme que había más? ¿Había ingeniado un método para contactar conmigo que se parecía a un milagro? Siempre he sido una persona abierta de miras y en ese momento también quería serlo. Pero estaba asustada. Entrar en terreno desconocido me intimidaba.

Desde un punto de vista práctico, no tenía tiempo para distraerme o asustarme. Decidí guardarme este suceso extraordinario y dejarlo aparcado hasta que tuviera tiempo de pensar en él. A fin de cuentas, tenía un hijo al que cuidar y un trabajo que atender. Me sentía abrumada por el hecho de sobreponerme a mi dolor. Mi vida se había derrumbado con la muerte de Max, y era lo único que podía hacer para seguir desenvolviéndome como madre y ejecutiva de un periódico. Me gustaban esas funciones. Me llenaban como persona. Era muy importante desempeñarlas bien. No podía fallar.

Asimismo, me di cuenta de que la decisión de aparcar ese suceso venía dada por mi educación. El papel de mi padre como pastor implicaba ser una figura destacada de la comunidad. De niños nos enseñaron que nuestra conducta personal no solo nos representaba a nosotros mismos, sino también a nuestra familia y, por extensión, al cargo público de papá. Se esperaba que actuáramos en consonancia y que no nos apartáramos de unas líneas convencionales. Ese ejemplo me acompañó en mi vida adulta.

Ahora, como editora y presidenta del *Sacramento Bee*, en la capital del estado de California, me había convertido en un per-

sonaje público. Nuestro periódico no solo era influyente en el ámbito local, sino también a nivel estatal y nacional, como buque insignia de la cadena de diarios de la McClatchy Company. Cuando me contrataron, recuerdo que uno de los ejecutivos de McClatchy me preguntó: «¿Se siente usted cómoda siendo objeto de la atención pública?». Poco después, en el desempeño de mis funciones en ese puesto, llegué a comprender la naturaleza de esa pregunta. Mi vida era objeto del escrutinio público, y no quería alentar ninguna crítica procedente de un suceso de esa índole. Así que lo mantuve en privado.

Como no sabía qué hacer con esa huella después de descubrirla, la dejé en el espejo hasta el miércoles, cuando la señora de la limpieza, Helen Dennis, vino a hacer su trabajo. Helen se había mostrado muy cercana a Max y fue de gran ayuda cuando tuvo que someterse a los tratamientos contra el cáncer. Ambos confiábamos en ella y la considerábamos parte de la familia. Se mostró muy discreta con los detalles de la enfermedad de Max y protegió tanto su intimidad como su dignidad mientras estuvo enfermo. La acompañé al cuarto de baño antes de ir a trabajar para mostrarle la imagen. Tenía curiosidad por saber cómo respondería. Ella se mostró sorprendida, pero también supo mantener la calma mientras mirábamos el espejo juntas. Nos preguntamos si sería una señal de Max, puesto que se había manifestado en el aniversario de su fallecimiento. Al cabo de unos minutos, me di cuenta de que tenía que marcharme para empezar mi jornada laboral, así que le pedí que limpiara el espejo. No tenía motivo alguno para conservar la huella más de los tres días que había permanecido allí. Helen me contó que borró la imagen con limpiacristales, pero que tuvo que frotar bien.

De modo que continué con mi vida. Pero en mi determinación por salir adelante, no pude evitar pensar en el curioso misterio que había descubierto en el espejo del cuarto de baño. Era una imagen poderosa que había dejado una huella imborrable en mi mente.

2

ASUNTOS DE FAMILIA

Mi padre tuvo un gran impacto en mí durante mi infancia y adolescencia. Fue la influencia más importante de mi vida. Era un hombre extraordinario que se hizo a sí mismo en todos los sentidos.

Su madre se llamaba Agnes Olson, nacida con el nombre de Agnes Anderson el 16 de abril de 1884 en Skåne, Suecia. En la víspera de su duodécimo cumpleaños, se embarcó sola rumbo a Estados Unidos desde Gotemburgo, Suecia, viajando con un pasaje que había comprado su madre. Aunque la historia de nuestra familia no nos proporciona detalles de por qué Agnes se marchó a América, creemos que abandonó su país en busca de oportunidades económicas, tal y como hicieron otros muchos jóvenes suecos durante el siglo XIX. Pero Agnes era excepcionalmente joven para viajar tan lejos y sola en las terribles condiciones a bordo de ese buque. Cuando llegó a Estados Unidos se hospedó en casa de una tía lejana que vivía en Brooklyn, Nueva York, donde se dedicó a limpiar casas para mantenerse y enviar dinero a su familia.

A los dieciséis años volvió a Suecia. Luego regresó a América una segunda vez cuando cumplió los dieciocho. Al cabo de diez años regresó a Suecia y poco después, en enero de 1912, se casó con Axel Wilhelm Olson.

Axel era soldado de la caballería sueca y recibió unas tierras en América como pago por sus servicios. El joven matrimonio decidió empezar su nueva vida en Ong, Nebraska, donde había una comunidad sueca. Como tenían poco dinero y pocos recur-

sos, compraron pasajes de tercera clase para un buque que zarpaba de Inglaterra. Pero el trayecto desde Suecia hasta el puerto de Southampton fue arduo y tuvieron que recorrerlo a caballo. Llegaron tarde y perdieron el barco. El buque en cuestión era el *Titanic*.

Cuando el abuelo Axel y la abuela Agnes llegaron finalmente a Clay County, Nebraska, los campos eran ricos en bisontes, lobos, antílopes y búfalos. John Frémont, conocido como el Pionero, había descubierto esa zona en busca de una ruta más corta hacia el oeste, y los primeros pobladores llegaron en 1857. Mis abuelos criaron a sus hijos en este terreno escarpado. Era una vida difícil. Hacia mediados de la década de 1930, entre la Gran Depresión y la fuerte sequía conocida como «cuenco de polvo», solo resistieron los más fuertes. Pero el abuelo se ganaba la vida como carpintero, y la abuela criaba a sus seis hijos.

Hicieron hincapié en su fe en Dios e insistieron en que la educación era la clave de su nueva vida en América, donde todo era posible. Todos sus hijos fueron a la universidad. Es evidente que la decisión de mi familia de centrarse en la fe y en el aprendizaje indujo a mi padre a creer, tal como él mismo decía, que había sido llamado al sacerdocio. Después de casarse con mi madre y de licenciarse en la universidad, cursó un máster en el Seminario Teológico de la Unión Presbiteriana en Nueva York en 1946.

Solía hablarnos de sus días en el seminario, donde tuvo el privilegio de estudiar bajo la tutela de algunos de los grandes teólogos de los años cincuenta. Reinhold Niebuhr y Paul Tillich fueron sus profesores, y Henry Sloane Coffin era rector emérito. Papá estaba orgulloso de su educación y nunca perdió su amor por la teología ni su profunda devoción por Dios.

Todo lo que aprendí sobre el cielo lo supe por mi padre y por nuestra iglesia. La fe presbiteriana que heredé considera que cuando un ser humano muere, su alma se reúne con Dios. Más allá de las clases de catequesis, los sermones y las lecturas, muchas de las conversaciones con mi padre me ayudaron a formarme un concepto sobre el cielo o sobre la vida después de la muerte.

Una conversación en concreto perdura en mi memoria. Tuvo que haber sido en 1960, cuando tenía nueve o diez años. Papá y

yo estábamos caminando por el centro de Hamilton, Ohio, donde vivíamos. Era una población de unas setenta y cinco mil personas cerca de Cincinnati, al sur del estado. Pasábamos por una callejuela estrecha cerca de la iglesia presbiteriana de la calle Front, donde desempeñaba su función pastoral. Probablemente nos dirigíamos a una clase de religión o a un ensayo del coro. Recuerdo con claridad haber rozado su mano y haberle pedido que se detuviera para agacharse y hablar conmigo. Tenía una pregunta que hacerle. No se trataba de si el cielo existía, sino de dónde estaba. Él me citó a Juan 14:1-2: «No se conturbe vuestro corazón. Como creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. De no ser así, ¿os habría dicho que voy a prepararos el lugar?».

Entonces se detuvo y me habló mirándome a los ojos. Me puso el ejemplo de nuestra familia y el amor que tenemos en nuestro propio hogar, aquí en la tierra. Me contó que era igual en el cielo. Añadió que del mismo modo que ni él ni mi madre me abandonarían o dejarían de quererme, Dios hace lo mismo en el cielo. También Dios tiene un hogar y un lugar seguro para todos en el que estar. Y terminó nuestra pequeña charla diciéndome que Dios es infinito, que vive con nosotros y dentro de nosotros, no solo aquí, sino también en el cielo cuando morimos.

Mientras reflexiono sobre ello me sorprende lo mucho que trabajó mi padre cuando estaba en la flor de la vida. Se mostraba incansable y comprometido, y llenaba sus días con visitas a los hospitales, sermones, bodas y funerales. Pero lo más importante de todo era su fe inagotable y su devoción por Dios. A menudo lo oía rezar en voz baja a solas por la noche, y yo escuchaba con atención el suave susurro de sus palabras, sin entender realmente nada aunque percibía una sensación de reverencia que aún sigue viva en mí.

Mi padre me enseñó otra cosa que ha perdurado en mi vida: que no existen concesiones con respecto a la verdad. Yo lo veía como una persona con un carácter fuerte, y a menudo decía: «El carácter es el destino». Provisto de la independencia típica de su madre sueca, me alentó a hacer preguntas y a someter las cosas a examen para que pudiera formarme mis propias opiniones. «Tie-

nes que hacer lo correcto, por difícil que sea», me dijo en una ocasión.

Desde mi perspectiva actual, he llegado a comprender que mi infancia y mi adolescencia fueron períodos en los que puse la autoridad en primer lugar. Al igual que muchos habitantes del medio oeste en la década de 1950, lo hice por voluntad propia. En mi caso, mi padre era una figura de autoridad dual: era mi padre y mi pastor.

Con los años fui aprendiendo que la fe es un asunto mucho más complicado que una simple «creencia». Esta comprensión se la debo también a mi padre. Al igual que muchas personas, quería llegar al fondo de las cosas para formular más preguntas. Hacia la segunda fase de mi vida, es decir, entre los veinte y los cincuenta años, me dediqué a buscar una existencia significativa en todos los sentidos. Aunque estaba agradecida por los valores religiosos que había recibido en casa y en la iglesia, seguía buscando. Tenía una mente analítica y curiosa, y buscaba un marco intelectual y filosófico al mismo tiempo que un estímulo religioso.

Papá fue de nuevo un recurso inestimable. Cuando yo tenía cuarenta y cuatro años, me recomendó un listado de libros. Aunque muchos de ellos eran abstractos, reactivaron mi expedición espiritual hacia otros reinos. Estos libros iban más allá de mi formación cristiana clásica y me incitaban a pensar en términos más amplios:

El hombre en busca de sentido, Viktor E. Frankl.
El miedo a la libertad y *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea: hacia una sociedad sana*, Erich Fromm.
El hombre contra sí mismo, Karl A. Menninger.
La incógnita del hombre. El hombre, ese desconocido, Alexis Carrel.
El hombre en busca de sí mismo y *Amor y voluntad*, Rollo May.
Ser una persona de verdad, Harry Emerson Fosdick.
Reverencia por la vida, Albert Schweitzer.
Espíritu y realidad, Nikoláí Berdiáyev.
La felicidad superior, Ralph W. Sockman.

El valor de ser, Paul Tillich.
La naturaleza y el destino del hombre, Reinhold Niebuhr.

Me sumergí en estas obras y no cesé de leer. Algunas me superaban. Pero cuanto más leía, más empaba a abrirme a la idea de que, efectivamente, había algo más. La exposición a estos textos no redujo mi fe en Dios. La reforzó. Tuve suerte porque no sentí miedo de desviarme del camino y satisfacer mi curiosidad. Mi padre había dicho: «Prefiero que busques y desafíes tu fe antes que seguirla a ciegas».

Si bien mi padre desempeñó un papel muy influyente en mi desarrollo y en mi evolución religiosa y espiritual, mi madre fue una historia totalmente distinta. En realidad nunca nos llevamos bien, y nuestra relación sufrió altibajos. Era el típico caso de un choque de personalidades. Puede que no sea tan extraño que las madres y las hijas tengan relaciones difíciles. Muchas mujeres me han contado que han pasado por conflictos parecidos con sus madres. Curiosamente, a menudo acabo desarrollando una estrecha amistad con estas mujeres.

Todo empezó cuando era niña. Mi madre me resultaba irritante, y supongo que yo la irritaba a ella. No sé por qué. A menudo he pensado que no le gustaba porque era una chica en vez de un chico. Prácticamente veneraba a mis hermanos. O tal vez había cierta competitividad o celos por captar la atención de papá. Fuera cual fuese la razón, me resultaba una persona desagradable en cuanto a cómo me trataba. No estoy diciendo que no mereciera parte de este trato. Yo pude haber sido más madura en nuestros intercambios verbales, pero por alguna razón recurría a una conducta infantil. Con el tiempo se convirtió en un patrón de vida. No tenía nada que ver con el amor. Yo la quería y sé que ella también a mí. Tal vez se tratara de una lucha de poder.

Podría escribir un libro entero de anécdotas sobre mi madre. En un día de Acción de Gracias, cuando tenía unos treinta y cinco años, mis padres vinieron a visitarme. Había estado trabajando para el *Los Angeles Times* en la sección comercial de publicidad durante al menos una década. Después de la cena, mamá y yo estábamos lavando los platos y me dijo:

—¿Sabes? Tus hermanos se han vuelto más conservadores en cuanto a política de lo que papá y yo los educamos. Nos decepciona que no hayan conservado nuestra perspectiva liberal. Creo que se debe a que están en el mundo de los negocios.

—Bueno, yo también estoy en el mundo de los negocios, mamá, y eso no me ha ocurrido —respondí.

Y ella me contestó:

—No, no estás en el mundo de los negocios. Estás en publicidad.

Me quedé sin habla.

Años más tarde, cuando dejé el *Los Angeles Times* para incorporarme al *Sacramento Bee*, una noche les hablé a mis padres acerca de mi nuevo trabajo durante la cena. Dirigir un periódico no era una responsabilidad insignificante. La respuesta de mi madre:

—¿No crees que necesitarás un poco de formación?

«¿Formación? Creo que veintitrés años son formación suficiente, ¿no?», pensé. Me limité a sonreír y dije:

—Pasadme los guisantes, por favor.

Mamá era una maestra de la culpa. Uno de sus incidentes más dolorosos implicaba al abuelo Thorndike, su padre. Harry Thorndike era el abuelo perfecto, y todos lo queríamos mucho. Era divertido, inteligente y trabajador, y adoraba a Ada, nuestra abuela, como nunca he visto amar a nadie. Regentaba una tienda de ultramarinos en Cambridge, Nebraska, donde creció mi madre. El abuelo Thorndike falleció cuando yo tendría unos treinta años. Poco después, papá y mamá vinieron a visitarme. Nos acabábamos de sentar a cenar cuando mamá se dirigió a mí y me preguntó:

—¿Sabes lo que he descubierto en el cajón del escritorio de su casa?

—No, no lo sé —respondí.

—Pues bien, encontré una carta tuya en la que decías que le enviarías algo en una fecha determinada. Él había anotado la frase «pendiente de recibir de Janis» y, ¿sabes qué?, no se lo enviaste a tiempo antes de que muriera.

Me quedé destrozada. Igual que un globo de helio que va

perdiendo aire rápidamente, me sentía como si estuviera a punto de desplomarme. ¿Por qué eligió decirme eso cuando sabía lo mucho que lo quería y cuánto me dolería ese comentario? Lo peor de todo es que no podía hacer nada para cambiarlo. O al menos eso creía en ese momento.

—Pásame las patatas, por favor —dije.

Esa noche, soñé con una escalera larga y estrecha que conducía al tercer piso de una vivienda. Levanté la mirada y vi una luz brillante en lo alto de la escalera. Seguí la luz y, sin soltarme del pasamano, subí lentamente los peldaños hasta llegar al tercer piso. Giré a la izquierda y vi un pequeño vestíbulo con varias puertas blancas. Atravesé el pasillo y me detuve en la primera.

Alguien había pegado una tarjeta de visita en ella. Contenía una nota. Decía: «Querida Janis, no tienes que preocuparte por la carta. Sé que me quieres y yo te quiero. Abuelo».

Nací en Kalamazoo, Michigan, en 1951. Era la tercera de cuatro hijos. Mis hermanos, Kurt y Brian, eran mayores, y mi hermana, Signe, la más joven. Nos criamos como la típica familia normal, salvo que en la década de 1950 vivimos en una casa parroquial contiguo a la iglesia. Nos guiábamos por la rutina, y nos enseñaron el valor del trabajo duro y de la productividad. Papá estaba ocupado con su labor pastoral, y mamá presidía nuestra vida cotidiana. Cada domingo empezaba a las nueve de la mañana con una clase de catequesis, y luego yo cantaba en el coro de la iglesia en la misa de las once (por suerte, nadie me ha pedido que siga cantando. No es una de mis cualidades). Después de nuestra temprana cena casera de los domingos, volvíamos a la iglesia a eso de las seis y media de la tarde para asistir a las clases de formación para jóvenes.

Durante la semana cenábamos espaguetis en el comedor de la iglesia. En verano nos uníamos a otros niños para estudiar la Biblia en un campamento de verano. Asistir a estos eventos era ineludible en nuestra casa, y yo estaba muy orgullosa de lucir mi chapa de «Asistencia perfecta a catequesis». Me gustaba la estructura, la estabilidad que me proporcionaban estas sesiones, y huelga decir que me gustaba la oportunidad de relacionarme con

la gente. Tuve la suerte de vivir estas magníficas experiencias durante mi niñez. Aprendí el valor de la comunidad y de la rutina para establecer una base religiosa.

Por las noches, los días laborables, nuestra familia mantenía durante la cena animadas conversaciones en las que todos participábamos. Eran unas comidas ruidosas, ya que nos esforzábamos por ser escuchados. Estábamos suscritos a los periódicos de la mañana y la tarde (qué buenos tiempos aquellos), y mamá y papá nos hacían preguntas a menudo para comprobar que entendíamos lo que leíamos.

Después de la cena no veíamos la televisión. Nunca. En serio. Se suponía que era un momento para el estudio, y yo más o menos me dedicaba a estudiar. Pero siempre que podía llamaba a hurtadillas a mis amigas con mi teléfono beige de princesa, que tenía un cable larguísimo, y hablábamos en susurros sobre temas de chicas. Eso me parecía mucho más importante que el estudio. Ya estudiaba lo suficiente para satisfacer a mis padres, pero nadie me consideraba la primera de la clase.

La Iglesia presbiteriana fue asignando a mi padre varias comunidades a lo largo de su carrera. Nos mudamos de Kalamazoo a Maumee, Ohio, cerca de Toledo, y luego a Hamilton. El tiempo lo marcaba el paso de las estaciones, y me sigo admirando de los cambios que implica cada una de ellas. Mi preferida era el otoño, cuando rastrillábamos las hojas y encendíamos hogueras en los partidos de fútbol. No había espectáculos organizados ni centros comerciales cuando era joven. Nos inventábamos nuestras propias maneras de pasar el tiempo. En invierno, íbamos a patinar sobre hielo en un riachuelo situado detrás de nuestra casa.

Cada verano alquilábamos un remolque y lo llenábamos de montones de objetos de acampada. Nos marchábamos un mes y viajábamos atravesando varios estados con un viejo Ford familiar con paneles laterales de madera. Recuerdo que los cuatro hermanos nos arremolinábamos en el asiento de atrás, con nuestro perro, y apenas podíamos respirar porque hacía mucho calor (el aire acondicionado en los coches era poco común en esa época). Acampábamos en los parques nacionales, y me encantaba el

olor de la hoguera cuando nos sentábamos en sillas plegables alrededor del fuego para contarnos historias. Luego volvíamos cansados a la tienda, que costaba mucho levantar, y dormíamos como sardinas en lata en colchonetas hinchables. Por la mañana pasábamos tres dolorosas horas deshaciendo el campamento y guardándolo todo en el pequeño remolque.

Durante mis años de estudiante de bachillerato continué con mis malos hábitos de estudio y me convertí en toda una experta en fingir estar estudiando aunque mi verdadera prioridad fuera pasar el rato con mis amigas. Apiladas en los asientos del coche (en esa época no nos preocupaban los cinturones de seguridad) y con la radio a toda pastilla escuchábamos canciones como *Respect* de Aretha Franklin o *Windy* de The Association, y siempre nos dirigíamos a la hamburguesería Big Boy y a A&W Root Beer a tomar un refresco después de los partidos. Fui animadora del equipo durante seis temporadas seguidas y por suerte siempre tuve plaza en el grupo. No se debía a mi talento, sino a mi capacidad para gritar y dar brincos. Tampoco era una tarea necesariamente fácil, porque implicaba despeinarme de lo lindo, algo que intentaba evitar por todos los medios. En mi segundo año de instituto, las pruebas consistían en animar al público de la pista de baloncesto y bailar delante de las gradas. La gente aplaudía a cada animadora, y la chica que recibía el aplauso más fuerte ganaba el concurso. Afortunadamente, mi hermano Brian, que se parecía a Fonzie (de la serie «Happy days») en todos los sentidos, traía a su pandilla de moteros para aplaudir. ¿Adivinan quién ganó?

En mi último año de instituto me nombraron reina del baile de bienvenida, algo que me encantó. Conseguí que me eligieran mediante una campaña incansable. Después de la ceremonia de graduación no me otorgaron el título de la «estudiante más lista» o la «más prometedora», sino la «más ingenua». En definitiva, me había dejado llevar por lo superficial y aún no había despertado al mundo real. Todo lo que fuera profundo se escapaba de mi comprensión.

Mi vida superficial cambió cuando fui a estudiar a la Universidad Estatal de Ohio en Columbus. Era el año 1969. Mis padres

no podían pagarme todos los gastos de matrícula, alojamiento y manutención. Así que para complementar ese gasto, empecé a trabajar cuando no estaba en clase. Hice de camarera, enseñé natación y vendí ropa de mujer en una tienda de moda. Afortunadamente, la administración Nixon ofreció un programa de préstamos para estudiantes que quisieran trabajar en el campo de la enseñanza, y esa fue mi salvación. Me matriculé en la Facultad de Educación con la idea de convertirme en profesora de secundaria. Pagué la matrícula con un préstamo. Tardé diez años en pagar ese crédito de 77,50 dólares al mes. Llevaba las cuentas en un cuadernillo de anillas y todavía recuerdo el peculiar sonido de las hojas al ser arrancadas para enviar mi cheque por correo.

La universidad supuso una transformación para mí que no alcancé a comprender hasta mucho después. La Universidad Estatal de Ohio era la institución de Woody Hayes, el famoso entrenador de fútbol americano. Pero los días felices de los partidos contra nuestro equipo rival de Michigan y de animar al equipo se desvanecieron a finales de mi primer año con la tragedia que tuvo lugar a solo dos horas y media de distancia, en la Universidad Estatal de Kent. El 4 de mayo de 1970, la Guardia Nacional de Ohio mató a cuatro estudiantes e hirió a otros nueve durante una manifestación de protesta contra la guerra de Vietnam y la campaña bélica de Estados Unidos en Camboya.

Las protestas no se limitaron a la Universidad Estatal de Kent durante esos tumultuosos años. Los estudiantes de la Universidad Estatal de Ohio se unieron a otros de Harvard, Columbia, Berkeley y de todas partes en una serie de manifestaciones contra la participación estadounidense en la guerra de Vietnam. El gobernador James A. Rhodes dio la orden de que la Guardia Nacional de Ohio entrara en el campus de la Universidad Estatal de Ohio en un intento por controlar las revueltas estudiantiles. Hubo caos y confusión, y unos helicópteros lanzaron gas lacrimógeno. Ver al ejército en el campus resultaba aterrador. Como estábamos muy asustadas, mis compañeras de habitación y yo corrimos a refugiarnos en nuestra residencia de estudiantes y acabamos colocando toallas bajo la puerta para evitar que entrara el gas, que nos quemaba los ojos.

Nunca volvería a ser la misma persona inocente que había pisado ese campus por vez primera ocho meses atrás. Mi perspectiva simplista de la vida se había derrumbado. La Universidad Estatal de Ohio canceló las clases poco después del asesinato de los estudiantes de la Universidad Estatal de Kent, y regresé a mi casa de Hamilton con unos amigos, aturdida y confundida. Al igual que otros muchos estudiantes durante la guerra de Vietnam, lamentaba no solo la pérdida de las vidas de los soldados, sino también las de los estudiantes del campus de la Universidad Estatal de Kent.

Pasé el verano antes de iniciar el segundo año en la universidad sintiendo verdadera ansiedad por primera vez en la vida. Ver que las tensiones de nuestro campus desembocaban en actos de violencia me obligó a replantearme mi postura ante la guerra, ante la autoridad en general, y las prioridades de la vida. Pude sentir un cambio mientras crecía y evolucionaba. Aunque tenía un fondo sólido debido a mi educación, no estaba segura de estar preparada para enfrentarme al ancho mundo que estaba empezando a experimentar. Sentía que me encontraba en un espacio de transición y no estaba segura de qué dirección tomar. En otoño, en vez de seguir estudiando en la Universidad Estatal de Ohio, elegí una opción segura y me trasladé a la Universidad de Miami en Oxford, Ohio, que proporcionaba un entorno más reducido y conservador. Al igual que muchos estudiantes universitarios por aquel entonces y ahora, me estaba enfrentando a mí misma en lo referente a mi identidad y a lo que quería hacer en la vida.

Después de licenciarme en la Universidad de Miami en 1973, empecé a enseñar lengua inglesa en el instituto de Seven Mile, Ohio, una aldea de 751 personas situada a doce kilómetros (siete millas) de Hamilton, mi ciudad natal (de ahí el nombre de Seven Mile [Siete Millas]). Me aferraba a mi red de seguridad, pero me di cuenta de que si quería hacer algo por mí misma, tendría que ponerme a estudiar en serio. Terminé mi máster en Educación en la Universidad de Miami en 1976. Al final me di cuenta de que estudiar da sus frutos.

Había estado aplazando abordar una progresiva sensación de cierre y limitación en mi vida. Algo que había nacido en mis

años de estudiante crecía en mi interior, y ya no podía ignorarlo. Al final me di cuenta de que tenía que terminar con esa vida de provincias. «Ya basta de lo cotidiano y predecible. Ha llegado el momento de dar un paso más.» Por mucho que me gustara mi trabajo de profesora y mis amigos, quería experimentar una visión más amplia del mundo que la que podía ofrecer una pequeña localidad de Ohio. Tal vez el ADN de mi abuela fuera más fuerte de lo que pensaba.

Un día, a última hora de la tarde, estaba de pie en el aparcamiento del instituto Edgewood junto a mi elegante Mustang, lista para empezar el día, cuando una profesora se acercó a mí. Había vivido en el pueblo toda su vida y después de sus estudios universitarios regresó para impartir clases. Me comentó que acababa de comprar una casa en Seven Mile y que había conseguido una hipoteca a treinta años. Me dijo que tenía muchas ganas de pasar el resto de su vida en esa zona rural del sureste de Ohio. Después se montó en su Volkswagen y se alejó conduciendo lentamente. «Oh, no, esa podía ser yo», pensé mientras observaba la estela de sus faros desvanecerse por la carretera. Supe que era el momento de marcharme.

Robin Gaylord era mi mejor amiga. Nos conocíamos desde los siete años. Nuestros padres eran buenos amigos, y su padre, el doctor Paul Gaylord, había sido el dentista de la familia. Robin y yo decidimos emprender un viaje por carretera. Elegimos que nuestro destino sería California y nos despedimos de nuestras familias y amigos. Se nos antojaba que California era lo más lejos que podíamos ir, y siempre teníamos la opción de volver. Compramos tiendas de campaña y *walkie-talkies* que parecían ladrillos (no había teléfonos móviles en esa época) y seguimos nuestro mapa de lugares de acampada para guiarnos en cada estado. Robin conducía su Camaro amarillo y yo la seguía con mi Mustang azul y mi bicicleta atada al maletero. Aparte de mi ropa, mis libros y la bici, lo había vendido todo, aunque tampoco tenía mucho que vender.

Al llegar a Los Ángeles en 1976, me metí de lleno en encontrar un trabajo. Me encantaban los periódicos, así que decidí solicitar empleo en el *Los Angeles Times*, en el centro de la ciudad.

Puesto que tenía una licenciatura en lengua inglesa, pensé que sería mejor empezar por la sección de noticias. Fui una ingenua por intentarlo, obviamente no funcionó, así que cambié a la sección de negocios. Traté de encontrar un puesto en el departamento de publicidad en varias ocasiones, pero siempre me preguntaban si tenía otro tipo de experiencia profesional aparte de la enseñanza, y no era el caso. Entonces respondí que si me contrataban, lograría esa experiencia. A pesar de mi fallida estrategia, seguí insistiendo por pura obstinación.

Por último, en lo que resultó ser mi última entrevista, decidí sacarle el mayor rendimiento al último trimestre de mi expediente de carrera, que había llevado en el bolso. Lo coloqué delante del entrevistador sobre su enorme mesa de madera de nogal para que pudiera ver con claridad mi magnífico rendimiento, algo de lo que yo era la primera sorprendida.

—Me preguntaba si esto cuenta para algo —pregunté.

Algo acerca de ese acto impetuoso captó su atención, e hizo rotar la estructura de su cómodo sillón de cuero para mirarme fijamente a los ojos. Pensé que la había pifiado. Pero me equivoqué.

Él se inclinó hacia mí y me preguntó:

—¿De dónde eres? Cuéntame algo sobre tus padres.

No podía creerlo. El tono de la entrevista había cambiado. Me di cuenta de que se interesaba de verdad. Se llamaba Don Maldonado. Era un hombre con don de gentes que estaba al frente de esa institución y ostentaba un poder real como director de publicidad en el *Los Angeles Times*.

Le conté mi historia. Cuando mencioné que mi padre había crecido en Ong, Nebraska, me interrumpió de repente.

—¿No lo dirás en serio? Conozco esa ciudad. ¿Quién es tu padre?

Le respondí que mi padre era Elvin Olson.

—Un momento. Tengo que hacer una llamada rápida.

Asió el auricular de su teléfono de botones negro (era el año 1976) e hizo la llamada. Oí a Don que decía: «Tienes que venir aquí ahora mismo. Confía en mí». Entonces colgó. En cuestión de cinco minutos, entró un hombre apuesto, glamuroso, muy bronceado y bien vestido. Se movía con aplomo.

—Janis, te presento a Vance Stickell —dijo Don.

Vance era el vicepresidente ejecutivo de marketing, el puesto más alto que dependía del editor, Otis Chandler. Me dio un cálido apretón de manos y se sentó con nosotros.

—Janis está siendo entrevistada para un puesto de asistente en la sección de publicidad. ¿Adivinas quién es su padre y de dónde viene, Vance? —preguntó Don.

—No tengo la menor idea —respondió Vance con educación.

—Díselo, Janis —me indicó Don.

—Mi padre se llama Elvin Olson. Es de Ong, Nebraska.

—¿Tu padre es Elvin? —replicó Vance, sorprendido—. Entonces, eso significa que tu abuela es Agnes Olson. Mi madre y tu abuela eran amigas en Ong. Conozco a todo el clan Olson.

Se dirigió a mí y me preguntó por mi familia y cómo había llegado al *Los Angeles Times*. Charlamos durante un rato mientras Don se reclinaba en su asiento para observar la escena. Vance era muy considerado. Por último, se dio media vuelta lentamente en su silla para dirigirse a Don.

—Contratémosla —sentenció. Luego se levantó, me dio un fuerte abrazo, y se marchó. Mi vida había cambiado para siempre.

¿Cuántas probabilidades hay de que dos personas sentadas en un despacho del condado de Los Ángeles, en el que residen unos siete millones de personas, compartan sus mismos orígenes en una localidad ganadera en la que apenas viven ciento cincuenta personas? (Según el censo de 2010, esa cifra era 63.)

Pero eso fue lo que ocurrió. Este misterioso encuentro lanzó mi carrera periodística. Si él no hubiera estado allí, dudo mucho que me hubieran dado ese trabajo. Entonces, ¿qué habría pasado? ¿Dónde habría terminado? ¿Cómo se habría desarrollado mi vida? No lo sé, pero creo que no se trató de un encuentro fortuito. Creo, más bien, que se trató de mi primera experiencia con la sincronía. Pero no le prestaba atención en ese momento porque no tenía ni idea de lo que era la sincronía. Tardaría décadas en comprenderlo.

Permanecí en ese puesto durante tres años, llegando a ser la mejor vendedora del año en mi tercera temporada. (No creo que

hubieran hecho una placa para una mujer hasta entonces.) Luego me contrataron en ABC Publications para trabajar en la publicidad de *Los Angeles Magazine*, una publicación local del distrito de Century City. Después de pasar varios años allí, trabajé para la revista *Omni*, una publicación de ámbito nacional, durante unos cuantos años más. Al final regresé al *Los Angeles Times* con el objetivo de emplear lo que había aprendido y dedicarme a la gestión. Tardé once años, pero fui escalando hasta llegar a ser vicepresidenta del departamento de publicidad. Fui responsable de recabar unos beneficios de ochocientos millones de dólares al año (una cifra asombrosa si la comparamos con las que se consiguen hoy en día, en el momento tan difícil que atraviesa la industria de la prensa escrita) y tenía unos ochocientos trabajadores a mi cargo. Teníamos oficinas en Los Ángeles, San Francisco, Chicago y Nueva York, así que pasaba mucho tiempo viajando. Decir que estaba motivada por mi trabajo sería quedarme corta. Estaba obsesionada. Me encantaba el trabajo, las personas y la cultura del negocio de los periódicos. Sentí que había hallado un propósito en mi carrera y que trabajaba en una industria importante.

A finales de 1997, la McClatchy Company contactó conmigo para que dirigiera su periódico insignia en Sacramento. Fundado hacía más de ciento cuarenta años, el *Sacramento Bee* nunca había tenido un editor ejecutivo, sino que había dividido las funciones ejecutivas más importantes entre un editor y un presidente, y ambos rendían cuentas a la empresa editorial. Gracias al consejo de una asesoría, McClatchy realizó una búsqueda a nivel nacional para encontrar a un ejecutivo que supervisara todo el periódico, incluidas las funciones periodísticas y comerciales. Yo fui la candidata elegida. A los cuarenta y seis años de edad, acepté esta emocionante oportunidad de dirigir el éxito financiero de un negocio complicado con dos mil empleados y prestar apoyo al buen periodismo que caracterizaba a ese periódico. Y lo hicimos. El *Bee* había ganado cinco Premios Pulitzer desde 1857, y dos de ellos fueron concedidos durante mis diez años de liderazgo. Aunque estoy orgullosa del rendimiento de nuestro periódico, el mérito lo tienen los periodistas que los ganaron y la familia McClat-

chy, que está muy comprometida con el rigor y la calidad de su periodismo. Fueron los años más enriquecedores y gratificantes de mi carrera. Me siento increíblemente afortunada por haber tenido esa responsabilidad y guardo gratos recuerdos de esa magnífica década, por muy difíciles que se pusieran las cosas en el sector en los años siguientes.

Mi carrera me proporcionaba una sensación de plenitud, pero quedaba en segundo lugar tras mi papel como madre. A fin de cuentas, el trabajo es lo que hacemos. Ser padre o madre es lo que somos. Mi marido Bob y yo tuvimos a nuestro hijo, Tanner, en 1990. Me habían dicho años atrás que nunca podría concebir tras sufrir un brote de apendicitis que me retuvo cinco días en la unidad de cuidados intensivos del hospital. Bob y yo esentimos una gran alegría cuando a la edad de treinta y ocho años supe que estaba embarazada. El ginecólogo se refirió a Tanner como su «bebé milagro».

No me cabe la menor duda de que Tanner será feliz y le irá bien en la vida, en parte porque está motivado. Es una persona con un sentido de la urgencia y propósito que le ha reportado beneficios en sus estudios y en su carrera. Siempre ha sido muy competitivo, especialmente como atleta. En sus años de instituto jugó al fútbol americano, al baloncesto y al rugby. El rugby es un deporte brutal. No puedes jugar a menos que no tengas miedo y seas un tipo duro; realmente duro. A diferencia del fútbol americano, los jugadores no llevan rodilleras, cascos ni protectores de ningún tipo. Los uniformes son sus camisetas y pantalones. Mientras corren por el campo, chocando entre sí y cayendo sobre otros jugadores que forman una pila, emiten unos gruñidos que me hacen pensar en los luchadores de *Gladiator*, la película protagonizada por Russell Crowe. (Cierro los ojos y rezo el noventa por ciento del tiempo que Tanner pasa en el terreno de juego.) Tanner empezó a jugar al rugby a los catorce años, y su pasión por este deporte continuó en la universidad, en UCLA, donde formó parte del equipo durante cuatro temporadas.

Aunque su impulso competitivo se deba probablemente a su abuela, yo espero haber influido también de manera positiva en

él. He hecho con él lo que la mayoría de nosotros intentamos hacer con nuestros hijos: ser un buen ejemplo para ellos y darles consejos y asesoramiento para que lleguen a ser adultos felices y responsables. Estoy orgullosa del hombre en el que se ha convertido.